

## **Discurso de recepción al ingreso como miembro de número de Alejandro Paulino\***

*Santiago Castro Ventura\*\**

Señor presidente de la Academia Dominicana de la Historia,  
Lic. José Chez Checo, distinguidos miembros  
de la Junta Directiva.  
Miembros de Número y Correspondientes.

Damas y caballeros presentes:

Promover nuestro pretérito desde el ámbito del análisis exhaustivo, es un digno compromiso asumido por la cuasi centenaria Academia Dominicana de la Historia, que ni la inexorable tormenta epidémica de la Covid-19 consiguió paralizar. En medio de esta grave aflicción ecuménica y tomando las medidas sanitarias pertinentes, entre otras actividades la máxima asamblea de la institución eligió nuevos miembros de Número, entre ellos Alejandro Paulino. Se ponderó sus méritos profesionales y sus aportes al esclarecimiento de importantes episodios de la historia dominicana.

\* Pronunciado 13 de julio 2022 en el salón de actos de la Academia Dominicana de la Historia

\* Miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia.

Paulino desde joven se consagró al estudio de la historia, ingresando a la entonces novísima carrera de historia en la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Más adelante le correspondió laborar en la biblioteca de la institución, precisamente en el área de historia dominicana e ingresar a la carrera docente de la universidad en esa disciplina. Luego pasa al Archivo General de la Nación en semejantes actividades. Se trata de un producto cosechado en el puro invernadero de la historia, egresado de este núcleo formativo con pleno conocimiento de esta indudable rama de la ciencia.

Se me ha asignado la honrosa responsabilidad estatutaria de acompañar al recipiendario, comentando su discurso de ingreso. Me permito consignar que asistimos a una exposición histórica novedosa, que no queda atascada en lo rutinario, lo reglamentario, sino que explora objetivamente verdaderos aspectos inéditos de nuestro pasado político y social. Este discurso nos revela la existencia de un bando o partido doctrinario de avanzada en el combativo pero accidentado siglo decimonónico dominicano.

Hasta el presente se ha discurrido en torno a un accionar entre patriotas liberales trinitarios y azules versus la caterva retardataria representada por anexionistas santanistas y rojos baecistas. En el seno de esta lucha sin cuartel, desde el bando democrático surge una corriente doctrinaria liberal. En su discurso de ingreso Alejandro Paulino como un cirujano de la historia nos presenta la disección de este proceso, que reitero en gran medida ha transitado de soslayo ante nuestras generaciones históricas.

Acentúa la actitud asumida por Eugenio Deschamps al emprender la construcción de un partido doctrinario, que se apartara del personalismo y el clientelismo de la clase dominante representada por generales alborotadores y caudillos *discolos*. El proyecto era muy ambicioso y algo subjetivo para no decir quimérico, el auspiciador no contaba con los recursos políticos militares y económicos que necesitaría para imponer la toma

del poder y levantar una superestructura político-jurídica no contaminada con el germen de la perniciosa politiquería. No obstante, su atrevida actitud reflejaba el surgimiento de un pensamiento crítico en medio de las veleidades cuasi congénitas en que se desarrollaba el Estado dominicano. De ahí la trascendencia de este proyecto partidario.

Como se ha advertido desde el surgimiento de la nación se balanceaba entre el bien y el mal, con predominio de esta última corriente, ora Santana, ora Báez. Hasta la reaparición de una chispa democrática con la revolución de Julio de 1857, que tomará mayor vigor durante el desarrollo de la Guerra Restauradora. Con sobradas razones el expositor estima que la revolución de Julio de 1857, fue la génesis del pensamiento liberal dominicano, a través de notables expositores como Ulises Francisco Espaillat y Pedro Francisco Bonó.

Tras la fuga de las tropas anexionistas el histórico 11 de julio de 1865 y al quedar sepultado al unísono el santanismo, designios inescrutables como sentenció Fernando Arturo de Meriño auspiciaron el retorno de la ruindad política bajo el liderazgo de Buenaventura Báez y sus rojos antinacionales, reintegrándose a la lidia contra la corriente patriótica que había liderado la Guerra Restauradora.

Esta confrontación inusitada obliga a los liberales a agruparse surgiendo el bando Azul, limitado de manera enorme por el bajo nivel educativo y cultural de la mayoría de sus líderes. No advertían con claridad que desde el ámbito ideopolítico representaban las ideas avanzadas, antillanistas y anticolonialistas precursoras del antiimperialismo que defendían en la práctica, y en no pocas ocasiones cometieron errores de gran envergadura, como lo hizo José María Cabral intentando negociar a Samaná con los Estados Unidos y Gregorio Luperón auspiciando un gobernante con evidentes proclividades como Ulises Heureaux.

No obstante, el control del poder político por parte de los azules a partir de octubre de 1879, crea las condiciones para el accionar deliberativo de una juventud que de modo espontáneo se venía preparando, para ocupar un espacio preponderante en el desarrollo de las ideas políticas.

Este relevo generacional y doctrinario de modo objetivo lo establece Alejandro Paulino, cuando afirma que ese proyecto de partido o bando liberal comenzó a gestarse como contraparte del bando Azul convertido en fuerza gobernante. Bajo la egida de Santana y Báez jamás se les permitiría otro accionar, solo les consentirían el camino del destierro o zozobrar en el cadalso.

De igual modo nos advierte el distinguido historiador que las contradicciones entre los azules y los jóvenes liberales radicales, tiene su génesis en el primer Gobierno de Heureaux a partir de 1883, cuando se auscultaban sus intenciones imperativas. Destacando en Heureaux que en su proceso de transformación hartamente repulsiva llegó a irrespetar el liderazgo de Luperón, quien en este caso actuó con cuestionable ingenuidad, que finalmente le cercenó su importante cuota de poder político.

De modo cierto los jóvenes liberales del Cibao con actitud visionaria detectaron que detrás de este hombre frío y calculador que respondía al mote de Lilís, se albergaban las valetudinarias maquinaciones que tanta aflicción habían llevado al seno de la sociedad dominicana desde la fundación de la República. Lilís encarnaba las directrices del bando traidor y parricida que con tanto ahincó había denunciado previamente Juan Pablo Duarte.

Resalta el disertante como esa juventud con una nueva visión política asumió las ideas avanzadas del fallecido Ulises Francisco Espaillat, muy en particular Eugenio Deschamps. De modo cierto, Espaillat siempre propugnó por posiciones democráticas y firmemente anticolonialistas, no fue fortuito que durante la Guerra Restauradora oficiales españoles como Adriano López Morillo lo tildaran de “impenitente revolucionario”.

Resalta el disertante que, en los grupos juveniles de avanzada, Eugenio Deschamps encontró actitudes favorables a sus prédicas y con ellos pretendió impulsar su proyecto que se identificaba como el “partido del porvenir”.

La juventud de Santiago y Puerto Plata jugó el importante rol opositor con Eugenio Deschamps, Juan Vicente Flores, Agustín Morales Languasco, José Ramón López, Ricardo Limardo y otros jóvenes valiosos, unificados a través de la «Sociedad La Regeneradora». Incluso embisten a Luperón cuando engeguecido en principio mantenía su respaldo a Heureaux.

El expositor nos recrea el enfrentamiento Deschamps-Heureaux desde 1883, que llevó al mandatario a clausurar los periódicos *La Alborada* y *La República* dirigidos por el comunicador rebelde. Esto ocurría en los momentos que este manifestaba su intención de fundar un partido de principios, alejado de las agrupaciones personalistas y clientelistas. Rivalidad política que alcanzó altas tonalidades, hasta el extremo que Heureaux ordenó el primer intento de asesinato de un opositor en el exilio en la persona de Deschamps.

Acentúa Paulino la insistencia de Deschamps en la formación de una organización partidaria que extirpara la humillación y la vergüenza en la sociedad, que no se rigiera por la imposición de un caudillo o de los mercaderes de la política, sino de un partido. Magnífico criterio, pero de modo erróneo en aquellos instantes concebía se podía lograr con los métodos legales en la lucha política, aspecto que le arrojaba un barril repleto de utopías. Se trataba del cambio radical de modelo político dominante, solo posible imponer mediante un proceso revolucionario armado en ese lapso, donde incluso la educación objetiva apenas arrancaba bajo la tutela de Eugenio María de Hostos.

Entre sus propuestas para lograr estos propósitos, el joven disidente reclamaba fundar periódicos independientes, y la creación de asociaciones políticas y culturales. Este válido concepto

también era refrendado por Luperón quien desde la presidencia subvencionó la formación de periódicos incluyendo los de la oposición, como lo resaltó *El Eco de la Opinión* en su edición del 21 de mayo de 1880, y junto a Hostos creaba la sociedad La Educadora y luego auspició la Liga de la Paz. Lamentablemente Luperón y Deschamps con coincidencia en los aspectos básicos de democratización y luchas anticolonialistas, sostuvieron graves desavenencias, que entendemos en gran medida frustraron la cristalización del sano proyecto doctrinario democrático que se pretendía.

Luperón llegó a calificarlo de “socialista”, atributo que ya Báez había endilgado al propio Luperón. Deschamps comentó en su periódico *La República* en su edición del 17 de enero de 1885, que: “Para darnos contestación a esa pregunta hemos tenido que recurrir a los diccionarios, nosotros ignorábamos su significación”. Tengo la plena convicción que Luperón también la desconocía, estoy de acuerdo con Deschamps cuando señaló Luperón le imputaba esa palabra porque la había escuchado en Europa, de donde había regresado de modo reciente. Debo acentuar que Eugenio María de Hostos el máximo orientador político e ideológico de Luperón, aunque conocía muy bien los diferentes significados de socialismo, como demostró el historiador puertorriqueño Manuel Maldonado Denis, nunca se refirió a esta terminología política ideológica en sus diferentes ensayos.

Como bien señala el expositor, el fraude electoral de Heureaux en 1886 y la consiguiente Revolución de Moya delimitaron los campos, conduciendo a Deschamps a entender que los cambios políticos democráticos que demandaba era pertinente imponerlos con el uso de las armas.

En esta grave coyuntura se acrecientan aún más las diferencias que debieron ser en el seno del pueblo entre Luperón y Deschamps. El valeroso general cometió el grave error de haberse conducido torpemente en la Revolución de 1886, como

sentenció Hostos. Aunque luego en 1893 todos se integraron en un frustrado conato armado contra Heureaux, que tendría su epicentro desde la frontera Norte de Haití.

El ascenso de Heureaux y el desarrollo de su tiranía de 1887 a 1899 inhibieron el desarrollo de la opción de partido o bando doctrinario de amplitud democrática, que auspiciaba Deschamps. No obstante, como a develado de modo resplandeciente Alejandro Paulino este proyecto ha quedado en la historia como un primer intento de creación de un bando o partido doctrinario en el muy limitado debate de las ideas políticas en el ardoroso pasado dominicano del siglo XIX.